

CLÁSICOS
A MEDIDA



Viaje al centro de la Tierra

Julio Verne

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA

Viaje al centro de la Tierra

Julio Verne

Adaptación de Manuel Yruela

Ilustraciones de Javier Lacasta Llácer

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Viaje al centro de la Tierra*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en cualquiera de las delegaciones de Grupo Anaya y en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Manuel Yruela, 2014
© De la ilustración: Javier Lacasta Llácer, 2014
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Coordinador de la adaptación: Emilio Fontanilla Debesa
Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, abril 2014

ISBN: 978-84-678-6095-5
Depósito legal: M-5174-2014
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Introducción	5
I. En la casa de Königstrasse	13
II. Un sorprendente descubrimiento	19
III. Los preparativos	31
IV. Graüben	35
V. En marcha	41
VI. Por fin en Islandia	45
VII. Con Hans rumbo al Sneffels	49
VIII. En el Sneffels	57
IX. Al centro de la Tierra	61
X. Caminando en las profundidades	69
XI. Sin agua	75
XII. Perdido	83
XIII. Juntos de nuevo	89
XIV. Un océano subterráneo	93
XV. Un viaje al pasado	101
XVI. Tempestad	111
XVII. Al fin, tierra	117
XVIII. Hombres antediluvianos	123

XIX. Las huellas de Saknussem	129
XX. Pólvora	133
XXI. En manos del volcán	139
XXII. Al fin, en la superficie	143
XXIII. Una respuesta para un enigma	147
Apéndice	151



Viaje al centro
de la Tierra

ALAN...
P.

En la casa de Königstrasse



El veinticuatro de mayo de 1863, domingo, mi tío, el profesor Lidenbrock, volvió precipitadamente a su pequeña casa en el número 19 de Königstrasse, una de las calles más antiguas del barrio viejo de Hamburgo.

Marta, la criada, debió de pensar que andaba muy retrasada porque la comida apenas empezaba a hervir en el fuego de la cocina. Mi tío era el más impaciente de los hombres y a buen seguro pondría el grito en el cielo.

—¿El señor Lidenbrock tan temprano? —exclamó la criada desde la puerta del comedor.

—Sí, pero aún no han dado las dos y, no es hora de comer todavía.

—¿Por qué vuelve entonces? —preguntó—. ¡Ahí está! —dijo al oír la puerta—. Yo me quito de en medio, hágale usted entrar en razón, señor Axel.

Y la criada se volvió a su cocina.

Me quedé solo. Iba a subir a mi cuarto para no enfrentarme a su mal humor, cuando entró él haciendo crujir la madera de los escalones. Tiró su bastón a una esquina, el sombrero sobre la mesa y gritó:

—Axel, sígueme.

Y enseguida, con impaciencia:

—¿Pero todavía no estás aquí?

Otto Lidenbrock no era un mal hombre. Era profesor en el Johannaum donde daba clases de Mineralogía. No le importaba tener alumnos o no, ni que fueran atentos, ni lo que pudiera ser de ellos después de pasar por sus manos. Era un sabio egoísta, un pozo de ciencia del que costaba sacar cualquier cosa, un avaro. Daba las clases para sí mismo, y solía montar en cólera una o dos veces en cada clase. Hay algunos profesores de esta clase en Alemania.

Por desgracia, mi tío se atascaba a veces con las palabras, algo poco apropiado para un orador. En ocasiones, durante la explicación, se paraba de pronto y se ponía a pelear con una palabra que no quería salir de sus labios, una de esas palabras que se resisten y que acaban por salir de la boca entre maldiciones. En Mineralogía hay palabras difíciles de pronunciar: cristalizaciones romboédricas, resinas retinasfálticas, genesitas, molibdatos de plomo, tungstenos de manganeso, titaniatos de circonio... Incluso la lengua más diestra puede trabarse.

En la ciudad conocían el defecto de mi tío y se burlaban de él. Había muchos que acudían a sus clases esperando el momento en que se atascara para reírse de sus ataques de ira.

No obstante, era un verdadero sabio y el nombre de Lidenbrock era reconocido entre los más afamados geólogos del mundo. Suyos eran importantes descubrimientos, y suyo también el *Tratado de cristalografía trascendente*, un enorme libro



con ilustraciones, aparecido en Leipzig en 1853, que sin embargo ni siquiera había conseguido cubrir los gastos.

Este era mi tío, el que ahora me llamaba con tanta impaciencia. Era alto, delgado y con una salud de hierro, y lucía un rubio juvenil que le hacía parecer diez años más joven de cincuenta que tenía. Vivía en su casita de Königstrasse, una casa de madera y ladrillo que daba a uno de los sinuosos canales que cruzan por medio del barrio más antiguo de Hamburgo.

Mi tío no dejaba de ser rico, para lo que suele serlo un profesor alemán. La casa le pertenecía por completo, continente y contenido. El contenido era su ahijada Graüben, una joven virlandesa¹ de diecisiete años; Marta, la criada; y yo, que en mi doble condición de sobrino y huérfano, me convertí en ayudante de sus experimentos. En realidad, me aficioné a la geología y nunca me aburría con las piedras.

En definitiva, se podía vivir feliz en aquella pequeña casa, a pesar de las impacencias de su propietario, porque, aun comportándose a veces de una manera un poco brutal, no por ello me quería menos. Pero este hombre no sabía esperar, así que corrí a su despacho.

Su despacho era un verdadero museo. Había muestras del reino mineral al completo etiquetadas y perfectamente ordenadas conforme a las tres grandes clases de minerales: inflamables, metálicos y litoides.

Al entrar en el despacho, sin embargo, no pensaba en estas maravillas, sino solo en mi tío. Estaba hundido en su amplio sillón tapizado de terciopelo de Utrech, y tenía entre las manos un libro que observaba absorto con admiración.

¹ *Virlandesa*: natural de Vierlande, región próxima a Hamburgo.

—¡Qué libro, qué libro! —exclamaba—. ¡Bueno!, ¿es que no lo ves? Mira el tesoro que he encontrado esta mañana rebuscando en la tienda del judío Hevelius.

—¡Magnífico! —respondí con entusiasmo fingido—. ¿Y cuál es el título de ese libro maravilloso?

Era demasiado exagerado para que no se notara.

—¡Esta obra —respondió mi tío animándose— es el *Heims-Kringla*, de Snorre Turleson, el famoso autor islandés del siglo XII! ¡Es la crónica de los príncipes noruegos que reinaron en Islandia!

—¡Vaya! —exclamé lo mejor que pude—. ¿Y es hermosa la impresión de ese libro?

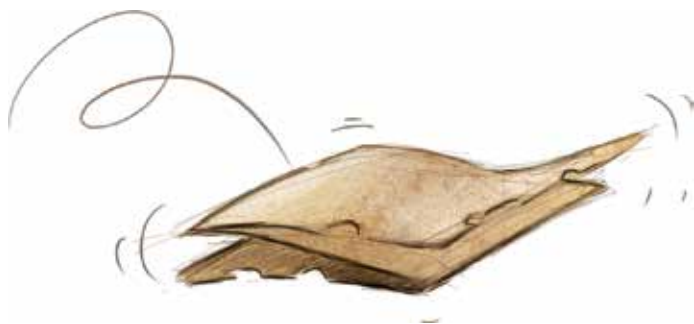
—¡Impresión! ¿Quién habla de impresos? Es un manuscrito, ignorante, y un manuscrito rúnico.

—¿Rúnico?

—Sí. ¿Hace falta que te explique lo que es?

No contesté, pero mi tío siguió hablando sin hacerme caso.

—Las runas —continuó— eran caracteres de escritura usados antiguamente en Islandia, y según la tradición fueron inventados por el mismísimo Odín. Observa y admira, desgraciado, estos signos han salido de la imaginación de un dios.



En ese momento, algo vino a desviar el curso de la conversación. Un pergamino mugriento resbaló del libro y cayó al suelo.

Mi tío se precipitó sobre aquella cosa con una avidez fácil de comprender. Un viejo documento, oculto en un libro antiguo. No podía ser más apetitoso.

—¿Qué es esto? —exclamó al mismo tiempo que desplega con cuidado sobre su mesa un trozo de pergamino de cinco pulgadas² de largo por tres de ancho, en el que había escritas unas líneas de signos extraños.



² *Pulgada*: unidad de longitud equivalente a 2,54 centímetros.



Viaje al centro de la Tierra es la segunda aventura imaginada por Julio Verne de una larga serie que, con más de cincuenta entregas, estaría escribiendo durante toda su vida. Verne tenía un espíritu aventurero que necesitaba salir de vez en cuando a darse una vuelta. En esta ocasión, el escritor francés se encarna por partida doble en la persona del profesor Lidenbrock, un excéntrico científico alemán, y su sobrino Axel, un muchacho huérfano y aprendiz de geólogo que vive bajo su protección. El objetivo de la aventura que les une a los dos es demostrar que se puede llegar hasta el mismísimo centro de la Tierra siguiendo las huellas de Arne Saknussemm, un antiguo escritor del siglo XVI, investigador y viajero, que dejó un manuscrito secreto con las claves para realizar la expedición.

